

Carlos Murciano:

# Del azul

Si el amarillo y el negro son, en palabras de Spengler, colores populares, el azul representa la distinción y el señorío. Pero ¿existe el azul? ¿No es un color que se está yendo siempre, diluyéndose, pese a que los pinceles más señeros se esfuerzan, desde hace siglos, en fijarlo? Esa "nada encantadora", dijo de él Goethe. ¿Lo definía, certero? Rubén lo pone al frente de uno de sus libros, y le añade unos puntos suspensivos como cifrando en ellos su evanescencia. "Azul..." ¿Y dónde está el azul en ese poemario? ¿En las campánulas de su dedicatoria a Federico Varela o, fugacísimo, en tal o cual verso, como esas nubes que yerran en las pálidas tardes de su "Autumnal"?

Cuando el menor de los Argensola se dispone a cerrar su afortunado soneto a una mujer "que se afeitaba y estaba hermosa", sentencia: "Porque ese cielo azul que todos vemos / ni es cielo ni es azul" ... ¿Tampoco es azul el azul? "Pues que sabemos / que nos engaña así Naturaleza", ¿es engañoso este color rey, arriba, en el celeste inmenso, como en el oleante mar de abajo? Con uno y otro se enfrentaría Juan Ramón en su "Diario de un poeta recién casado", afanado en descubrir sus sucesivas transformaciones, en captar lo instantáneo, tal los maestros franceses del XIX apresuraban sus pinceladas para apresar la luz huidiza.

El mar que, a las cuatro de la madrugada, bajo un cielo verde malaquita, era para nuestro poeta "azul Prusia", adoptará en otro amanecer igual color bajo un oriente de oro vivo. ¿Cómo puede ese azul no cambiar, cubierto por doceles diferentes, si un cielo gris -él lo afirmaba- alumbraba un mar morado; un cielo blanco, un mar ocre; un cielo rosa, un mar de plata? Naturaleza engañosa -dicho queda-, que juega a sorprender el parpadeo del ojo sensible, para trocar en otra, con una sola pincelada, la tonalidad del lienzo entrevisto.

"Veintiocho colores tiene el mar", dejó escrito un poeta que lleva el mar en su apellido, Joan Maragall. Pero siempre he creído que sobre ellos planea, dominante, como una poderosa gaviota, el azul, ya manso, ya rebelde.

Rebelde puede ser, si pienso en la pintura de hoy, el azul de Mercedes Gómez-Pablos: febril, desafiante; manso, el de Gloria Torner, desvaneciéndose en blancos, róseos. En los cuadros playeros de José Lapayese, con barcas varadas o vencidas, el azul se

*"Si el amarillo y el negro son, en palabras de Spengler, colores populares, el azul representa la distinción y el señorío"*



enciela, violento, salpicado, generoso -no he conocido más generoso pintor-, como si se arrebujase, fiero, pero protector sobre la fatigada madera. Mas si pienso en la pintura de ayer, veo un Greco brindando azules en rebeldía, un Fra Angélico manseándolos. En el capítulo "Azul", de su libro "A la Pintura", Rafael Alberti dice del cretense-toledano: "Azul azufre alcohol fósforo Greco. / Greco azul ponzoñoso cardenillo"; y de Fra Angélico: "De rodillas pintaba sus azules. / Lo bautizaron con azul los ángeles.

Porque Alberti hace allí un recorrido rápido pero preciso por siglos de pintura, y con versos ceñidos, a veces con uno solo, sugiere, define. Michel Pastoureau dedicó muchas páginas a redondear su "Bleu" histoire d'une couleur; Alberti parece haberla querido resumir en sólo cuatro: "El azul de los griegos / descansa, como un dios, sobre columnas". Pero, para los griegos, el azul era el color del duelo y de la muerte. (¿Sobre columnas?). Es a partir del siglo XII cuando esa idea cambia.

"El azul Edad Media delicado", escribe el portuense. Y a renglón seguido: "Trajo su virginal azul la Virgen: / azul María, azul Nuestra Señora". Entre ese azul mariano y el -azul Murillo Inmaculada-, están el -azul Tiziano en oro-, -los azules Poussin sobre los pinos-, el azul Guadarrama velazqueño, el "alegre azul vena de Rubens"; y entre Murillo y el "Azul Pablo Ruiz Azul Picasso", el tenue, diluido, de Goya, el "azul español en lejanía" de Manet, el transparentado en lila de Renoir. Todos cálidos, latidores, estremecidos, cayendo, despaciosos, hacia el celeste, el ultramar, el turquí o elevándose, agiles, como elanios en la sonochada.

Cuando llegó a este punto, el cielo, nuboso, griseo, se ha abierto, subitáneo, y bajo un sol sorprendido en su intimidad, se ha derramado en azules. Recuerdo los versos del poeta: "Aunque el azul no esté dentro del cuadro, / como un fanal lo envuelve". Así, ahora, esta habitación, esta mesa, estos papeles, estas palabras que persiguen su rastro, sumiso o destellante.

Carlos Murciano. Poeta y escritor español. Amigo de El Duende.

